

CAPITULO XLVII.

En que se tracta cómo Montecuma dixo á Hernando Cortés que se fuesse él é los españoles de su tierra, prometiéndoles de les dar tanto oro que fuesen ricos, é de la prudente respuesta de Hernando Cortés*: é cómo llegó á la tierra Pamphilo de Narvaez, é fué presso, é se tornó Cortés á México, de donde los indios lo echaron á él é á los españoles; é de la muerte de Montecuma**, é otras cosas convinientes al discurso de la historia ó relación assaz diferente en algunas cosas á lo que se contó hasta el fin del capítulo XLIII.

Otras vezes tengo dicho que en las relaciones fechas por el gobernador Hernando Cortés, quedan más ordenadamente expresadas muchas cosas de las que se dicen desde el capítulo XLIV hasta fin del preçedente, é de las que se dirán en este y en el siguiente despues dél, con que se dará conclusion á esta relación, que aunque vá salpicada, haçe mençion de algunas cosas que se han dicho en las relaciones de Cortés, pero de otra manera. É tambien diçe otras muchas, que no se han memorado en la historia, ni Cortés habló en ellas. Assi que, con estos dos capítulos, é con los dos de susso, se acabará esta relación quel chronista acumuló y entendió de personas fidedignas, que se hallaron presentes en esta conquista. É no le parezca al que lee que contradèçirse lo uno á lo otro, porque los hombres assi como son de diversos juicios é condiciones, assi miran y entienden las cosas diferenciadamente, é las cuentan; puesto que vengan los unos é los otros á una general é mesma conclusion, é aun á las vezes se contradèçen en muchas cosas puntualmente. Cada dia vemos que se ofrescen casos no pensados, é aun acordados; é queriendo un juez ó príncipe informarse de la verdad, juran los testigos é deponen diferenciadamente, con más ó menos palabras, é diciendo uno las particularidades que otro testigo calla, ó no entendió, ó no las supo entender, aunque las

* De esta parte quitó Oviedo la siguiente cláusula: «Diciendo que no tenía navios, pero que se daría forma de los haçer, é se puso por obra».

vido: de forma que en un mesmo negocio hay diverssas pruebas, é aunque sean contestes en la sentençia ó sentido, son apartados en deponer unos mejor que otros. Assi con estas condiciones aveys, letor, de pensar lo que está dicho, é lo que demás se dirá desta conquista, aviendo por máxima que yo me he informado de personas que merescen ser creydos, é que en todo se hallaron. Destos tomé y examiné lo que conviene á la materia, aunque parezca, como he dicho, que vá salteada.

Quieren decir, é aun es de sospechar, quel diablo, enojado de los sanctos sacrificios é sacramentos é çerimonias cathólicas del altar é culto divino é ministros de Jesu Chripsto, Nuestro Redemptor, que los chripstianos, nuestros españoles, començaron á usar, celebrando misas é baptizando y exerçitando las cosas de nuestra sancta fée cathólica en aquella grand cibdad de Temistitan, puso en coraçon á Montecuma que echasse los chripstianos de México, si no quel se yria, si no los mataba; porque la misa y evangelio que predicaban é decían los chripstianos le daban grand tormento. É débese pensar, si verdad es, quessas gentes tienen tanta conversaçion é comunicaçion con nuestro adverssario, como se tiene por çierto en estas Indias, que no le podia á nuestro enemigo plaçer con los misterios é sacramentos de la sagrada religion chripstiana: é á esto de-

** Lo mismo esta: «E cómo fueron los chripstianos socorridos é acogidos de la gente é indios de Tascaltecle».

çian que le respondia Montecuma, que no era bien que los matassen allí, pero quel les diria que se fuesen de aquella cibdad á su Castilla, é que los haria matar á todos en el camino. Avida esta resposion ó consultaçion diabólica, hiço Montecuma aperçibir çient mill hombres de pelea; para que hablando él al capitan Hernando Cortés, é diciéndole que se fuesse de su tierra, si no lo quisiesse haçer, lo prendiessen ó matassen con todos los españoles.

Fecho aqueste aperçebimiento, salió Montecuma al patio de su casa, que era la morada de su abuelo, donde él acostumbra salir á holgarse; y en aquella casa estaban aposentados los chripstianos, y envió con la lengua á llamar á Hernando Cortés, el qual dixo luego: «No sé qué novedad es aquesta: plega á Dios que sea por bien; pero no me agrada esta embaxada». É tomó consigo hasta doçe hombres; é llegado donde estaba Montecuma, no le paresció que le rescibia con la voluntad que antes, puesto quel se levantó é tomó de la mano á Cortés, é metióle en una sala, donde hiço traer en qué se assentassen los dos, é dixo á la lengua assi: «Di al capitan que yo le ruego que se vaya desta cibdad é de mi tierra, porque mis dioses están enojados porque están aquí él é su gente, é que pida lo que quisiere, que yo se lo daré, é váyase á su tierra. É que no piense questo que se lo digo burlando, sino porque assi ha de ser fecho; é que diga lo que quiere ó ha menester para su camino».

Cómo Cortés entendió sus palabras, é adónde yban enderesçadas, antes quel intérpetre acabasse su raçon, proveyó con uno de los españoles que allí estaban, y envió á decir á los chripstianos que se tractaba de sus vidas, é que estuviessen aparejados é á recabdo para su defensa, aunque él conosçia que no eran parte para se defender, si Dios no los defendies-

se; é avisóles de la voluntad é palabras de Montecuma. (Estonçes se acordaron los españoles de Tascaltecle, é de lo que les avian dicho, avisándoles de las cosas de Montecuma.) Los españoles respondieron á Cortés que á punto estaban para lo que Dios ordenasse, é para haçer lo que debian en favor de la fée chripstiana y en serviçio de Su Magestad; é que ya sabian que Dios é sus manos avian de ser quien los librasse de tanta multitud de adverssarios.

Cortés respondió á Montecuma desta manera: «Yo he entendido lo que me deçís, é os lo agradezco mucho. Determinad cuándo quereys que nos vamos: que assi se hará.» Montecuma, como príncipe bien comedido, replicó é dixo: «Señor capitan, no quiero que os vays sino quando quisiéredes: é tomad el término que os parezca, que yo os daré para vos dos cargas de oro, é una para cada chripstiano». Estonçes Cortés le replicó é dixo: «Ya sabeys que nuestros navios los echamos al través, é tenemos nesçessidad de otros para volver á nuestras tierras. El oro que nos days, os tenemos en merçed; pero queria que hiçiéssedes venir todos los carpinteros que teneys, para que labren la madera é la corten: que yo tengo maestros que hagan los navios; é fechos, nos yremos en ellos á nuestra tierra, é vos os quedareys en la vuestra: é darnos heys lo que nos mandays, é assi lo deçid á vuestros dioses é á vuestros vassallos». Montecuma mostró contentamiento desta respuesta, é dixo: «Bien me paresçe lo que deçís, é assi se hará». Y en continente mandó que viniessse copia de carpinteros, é Cortés proveyó de maestros é personas que entendiessen en la labor de los navios, é dixo despues á los españoles desta manera: «Señores y hermanos: este señor Montecuma quiere que nos vamos de la tierra, é conviene que se hagan navios. Yd con esos indios, é córtese la madera, y entretanto Dios nos proveerá

de gente é socorro: por tanto, poned tal dilacion que parezca que hazeys algo, é se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid é avisad qué tales estays en la montaña, é que no sientan los indios nuestra dissimulacion». É assi se puso por obra: que con muchos indios fueron á cortar la madera los chripstianos que envió Cortés, é talaron grandes árboles, é se labraban para el efétto ques dicho.

É dende á ocho dias que se ocupaban en lo ques dicho, llegó Pamphilo de Narvaez á la costa con onze navios é ochocientos hombres, entre los quales avia doscientos de caballo, al qual enviaba el adelantado Diego Velazquez: y en continente que parescieron en la mar, fué avisado Montecuma de sus indios, con tanta diligencia, que en quatro dias anduvieron sus espías ó avisos ochenta leguas; y él ovo temor desque lo supo, y envió á llamar á Cortés, el qual é todos los chripstianos estaban con mucho cuidado atemorizados, pensando, que cómo les dixeran que salia al patio Montecuma, que querian dar en los españoles; é Cortés les dixo: «Señores é amigos: yo quiero yr á ver qué quiere Montecuma: por esso estad en lo que debeys estar, para que mediante Dios, si mal pensamiento tiene ó en algo se pusiere, os acordeys quién soys, é que si oviéremos de pelear, es contra infieles y en servicio de Dios é de Su Magestad, y en defension de nuestras personas; é que las manos de cada uno sean tales, que muestren con la obra é propria espada el valor de vuestros invencibles ánimos: que aunque muramos, quedamos vencedores, pues avremos cumplido con el offiçio militar, é con lo que debemos». Á lo qual todos le respondieron que harian su deber hasta morir, sin quel temor ni el peligro se lo pudiese estorbar, porque tenian por menor cosa sus vidas que su honor.

Ydo Cortés delante de Montecuma, él le dixo por medio de la lengua ó intérpetre: «Capitan, hágoos saber que teneys navios fechos, en que os podeys yr de aqui adelante». É Cortés le replicó é dixo: «Señor, en teniéndolos fechos, yo me yré». É Montecuma le replicó é le dixo: «Onçe navios están en el puerto de Çempual, é presto verná nueva si han saltado en tierra los que en ellos vienen, é sabremos quién son é qué gente viene». Cortés dió muchas gracias á Dios, é dixo: «Bendito sea Jesu Chripsto por las mercedes que me hace á mí é á todos los hidalgos é compañeros míos, porque se ha acordado de nosotros por su misericordia». É uno de los españoles que allí estaba, fuéssse á lo decir é dar nuevas á los españoles, con las quales cobraron mucho esfuerço, é se abraçaron unos á otros de goço, porque les paresçia que miraculosamente escapaban de la muerte (como en la verdad la tenian bien aparejada). Y estando todavia Cortés con Montecuma, llegó otro mensajero, é dixo: «Doscientos caballos é seyscientos hombres han salido en tierra, como estos que aquí están pintados». É mostró una figura, en que estaban dibujados assi los de pié como los de caballo, é las onze naos ó navios que avian llegado al puerto ques dicho.

Estonçes Montecuma se levantó é abraçó á Cortés, é le dixo qué se queria yr á comer con él, é Cortés le dió las gracias, é tomados por las manos se fueron al aposento de Cortés; é mandó Cortés á los españoles que no mostrassen alteracion alguna, sino que estuviessen juntos é sobre aviso, é que pues Dios les avia librado de la muerte, le diessen continuas gracias. É comieron Montecuma é Cortés juntos, é con mucho plaçer (en diferençia do goço), porque Montecuma pensaba que los chripstianos se yban de la tierra, é Cortés no desconfiaba de subjuzgarla.

Acabado de comer, Montecuma se fué

á su aposento, é cada hora venian nuevas de la venida de aquella armada; é aunque Montecuma no mostraba alteracion, bien se conosçia que le pessaba de la venida de los chripstianos.

Un capitan de Montecuma, que era de los de su consejo é más açepto, le dixo que debía matar los chripstianos que estaban en aquella çibdad, é á Cortés, su capitan, con ellos, porque oviesse menos que haçer en resistir á los que de nuevo venian; é que muerto Cortés é su gente, yrian luego á buscar á los de la nueva armada, é que no esperasse á que los unos é los otros se juntassen é fuessen más poderosos, porque el exército de los chripstianos dividido se pudiesse mejor abatir, que no se haria estando unido.

Montecuma hiço juntar su consejo, é allegados sus sátrapas é consejeros, é algunos capitanes expertos é favoreçidos suyos, tractaron é platicaron en el caso; é á algunos les paresçió bien que assi se hiçiesse, é á otros paresçia que de otra manera lo guiassen. Y en fin fué acordado que era mejor que los que venian llegassen, é que á todos juntos los matassen; porque si mataban los de la çibdad, los otros se tornarian á embarcar, é huyrian á su tierra é traerian mucha más gente; é matando á todos, no quedaria persona que pudiesse llevar la nueva dellos. En este acuerdo fué la determinacion é consejo concluydo; é de ahí adelante los indios servian mucho mejor á Cortés é su gente, é cada dia le yba á ver Montecuma con más de quinientos hombres, señores principales, vassallos suyos.

Los chripstianos é Cortés pensaban que Diego Velazquez yba en persona en aquella armada, ó qué la enviaba; é aunque por una parte se alegraban de la venida de los que assi venian, por otra parte les pessaba; porque algunos temian más á Diego Velazquez que á los indios, é no sin causa.

Narvaez llegó al puerto de la Villa Rica é desembarcó su gente, é fuéssse dende allí á Çempual é assentó su real é ordenó su gente é capitanes: é preguntó por los chripstianos, é los indios le dixeran adónde estaban: el qual dió luego á entender á aquellos indios qué era el señor é capitan general, é que Hernando Cortés no era ya capitan, é que le avia de cortar la cabeça, é que los qué tenia eran criados suyos del Pamphilo Narvaez.

Aquestas palabras, é otras peores, fueron referidas á los que estaban con Cortés, é las representaban çiertos compañeros que se le amotinaron, ofresçiéndose á Cortés por sus cartas; é si fuesse assi ó no, bien hay que decir en ello. Pero concluyen los más que Cortés leyó esos avisos, callando los nombres de los que se los enviaban; é dixo á los que con él estaban cómo Pamphilo decía que eran sus moços, é que los amenaçaba; é qué queria haçer un mensajero y enviar algunos collares é joyas de oro, é partirse trás él con la mitad de la gente que tenia, porque con Narvaez estaban doscientos ó trescientos hombres que se passarian á su parte, é quel primero seria el artillero: por tanto, que los que quisiesen yr con él, se aparejassen, haciéndoles muchos ofresçimientos, si Dios le diesse victoria. Y en la verdad afirman muchos, que en essa saçon estaba tan bien quisto Cortés, que si á todos los quisiera llevar, todos se fueran trás él. É luego despachó, segund se dixo, un mensajero con cartas para particulares, é con una carga de collares de oro ricos é otras joyas, para que secretamente se diessen en el real de Narvaez. Y Hernando Cortés se partió con çiento é çinquenta hombres, é dexó al comendador Pedro de Alvarado en la çibdad de Temistitan con otros tantos, é á Montecuma en su poder, porque no fuéssse adonde estaba Narvaez.

Assi que, siguiendo su camino Cortés,